

Del impresor y mercader de libros al librero editor

María José Ramos de Hoyos

Junto con su importante función en la venta y circulación de los libros, las librerías en México han tenido desde tiempo atrás otra actividad complementaria que a veces es su principal forma de subsistencia: algunas de ellas editan y distribuyen sus propios textos. Necesariamente, la naturaleza de esta relación entre la producción y la comercialización de impresos se ha ido transformando a la par de los grandes cambios suscitados por el desarrollo tecnológico, la difusión de la cultura impresa, el incremento y la diversificación del público lector y la progresiva consolidación del mercado editorial hasta llegar a constituir una enorme industria. Apoyándome en las valiosas contribuciones que se han hecho en el campo de la historiografía del libro en México, haré un breve recorrido por la historia de las conexiones entre dos ámbitos del proceso editorial que hoy tienden a concebirse como separados. Tal ejercicio de síntesis puede ayudar a comprender mejor la inestima-

ble labor de las librerías¹ y de los vendedores de libros en la vida de la cultura impresa nacional.

México fue el primer lugar geográfico en América en recibir prensas con las que se produjeron impresos tipográficos en serie. En el contrato laboral que firmaron el 12 de junio de 1539 en Sevilla el impresor Juan Cromberger (dueño de la primera prensa tipográfica, traída ese mismo año) y Juan Pablos (el “componedor de letras de molde” que viaja a México a operar la prensa), se leen las siguientes obligaciones, entre muchas otras:

[...] que yo el dicho Joan Pablo sea obligado a vender todo lo que se ynprimiere, bien e fielmente, e poner en ello la diligeçia e trabajo que fuere menester, e que non venda cosa dello fiado a ninguna persona. [...] Yten, que si durante el dicho tiempo de los dichos diez años voz el dicho Joan Coronberguer me enbiardes algunas mercaderías o libros para vender, que yo sea obligado a los vender lo mejor que yo pudiere de contado, sin fiar cosa alguna, e de vos enbiar el proçedido [...].²

Estas dos condiciones contractuales preludian una de las actividades más comunes que tuvieron los impresores novohispanos: la de vender impresos de su factura, pero también los de otras imprentas, a veces junto con mercan-

-
- 1 Utilizo el término *librerías* en su sentido más amplio, sin acotarlo a las *librerías de viejo*, pues me propongo hablar de ellas desde una perspectiva diacrónica y la especialización dentro del comercio librero es relativamente reciente. Aún así, dado que mi recorrido llega hasta las primeras décadas del siglo xx, alcanzaré a hablar sobre algunos negocios libreros con características propias de las librerías de viejo.
 - 2 Una transcripción del documento se incluye en el Apéndice de Agustín Millares Carlo y Julián Calvo, *Juan Pablos: primer impresor que a esta tierra vino*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1953, 222 pp. La cita aparece en las pp. 181 y 184.

cías de muy diversos tipos. No obstante, la mayor parte de sus ventas eran los impresos europeos que llegaban a través del sistema de flotas: la cantidad de libros importados durante el virreinato superó por mucho la producción local. Así, cada vez más, ellos fungieron igualmente como distribuidores,³ participando en una red interna activada por mercaderes de libros, almaceneros, mercados, fiestas y ferias comerciales.

En ese tiempo, Juan Cromberger dominaba la producción de libros en Sevilla; tenía experiencia en el comercio transatlántico e incluso se cree que ya antes había producido algunas ediciones exclusivamente para el mercado novohispano. Al llegar a un acuerdo con el obispo fray Juan de Zumárraga y el virrey Antonio de Mendoza para establecer en la Nueva España una sucursal de su taller, Cromberger logró obtener no sólo la exclusividad de la impresión de libros en la Colonia, sino también de su exportación a ella. Si bien éste parecería haber sido un excelente negocio, fueron bastante modestos los recursos que el impresor destinó a la sucursal americana, y quizá con razón, pues al parecer ésta no fue muy rentable: "aun tomando en consideración las enormes pérdidas de ediciones de aquella época, parece que la imprenta mexicana fue poco productiva mientras dependía de la casa madre de Sevilla, y en 1547 Pablos se quejó de su extrema pobreza".⁴

Una vez que termina en 1559 el privilegio exclusivo para imprimir en la Nueva España del que gozaron pri-

3 En realidad, los dueños de estos negocios o sus operarios cubrieron varias de las tareas que actualmente llevan a cabo profesionales independientes, es decir, editores, correctores, diseñadores gráficos, operadores de imprentas, distribuidores y libreros contemporáneos.

4 Clive Griffin, "La primera imprenta en México y sus oficiales", en Pedro Rueda Ramírez e Idalia García Aguilar (comps.), *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2010, p. 11.

mero Cromberger y sus herederos,⁵ y luego Juan Pablos (a quien la familia traspasó la imprenta poco antes de 1548), el oficio se volvió enteramente libre y otros impresores entraron en escena. Entre los pioneros estuvieron Antonio de Espinoza, considerado el mejor tipógrafo del siglo XVI, Pedro Ocharte y Pedro Balli. Ellos o sus familiares se dedicaron también a la venta libros.⁶ “Según lo que se desprende de los manuscritos y crónicas del siglo XVI”, explica Francisco Fernández del Castillo, “parece que no había en México librerías propiamente dichas, o por lo menos eran rarísimas, sino que era uno de los ramos que había en algunas casas de comercio, mezclado con los de lencería y mercería, salvo los impresores que tenían la venta de las obras editadas por ellos en el despacho de sus imprentas, en donde también había algunas transacciones con papel, artículo que por su escasez y carestía se prestaba a especulaciones”.⁷ José Toribio Medina llegó unos años antes a una conclusión semejante. En la introducción a su estudio *La imprenta en México (1539-1821)*, después de ofrecer los datos de la vida y la obra de más de ochenta impresores que trabajaron en el periodo virreinal, reconoce: “Como queda indicado ya, durante el siglo XVI y aún harto después, muchos de los impresores mexicanos eran

5 El otro privilegio de los Cromberger, el de la exclusividad en la exportación de libros a la Nueva España, también fue derogado, aunque la fecha exacta sigue siendo incierta. Por lo menos se tiene noticia de que en 1545 la Real Audiencia de México se quejó con el monarca de que la familia no había proveído ni proveía los libros necesarios, y como respuesta la corona dispuso: “que se requieran, y si no, que todos los puedan pasar” (José Toribio Medina, *La imprenta en México, 1539-1821* [1912], vol. 1, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989, p. LXVIII).

6 Véase la “Lista de libreros, impresores, cortadores de imágenes, naiperos &” en Francisco Fernández del Castillo, *Libros y libreros del siglo XVI. Selección de documentos y paleografía* [1914], 2a. ed. facs., México, Fondo de Cultura Económica/ Archivo General de la Nación, 1982, pp. 554-557.

7 *Ibidem*, p. 554.

también mercaderes de libros, de tal modo que nosotros, al menos, sólo hemos podido anotar el nombre de sólo dos libreros que no ejercieron a la vez el arte tipográfico”.⁸

En el siglo XVII continuaron las tareas educativas y de evangelización; además se formaron varias bibliotecas institucionales o particulares. El crecimiento de la necesidad de consumo de libros alentó el que éstos se vendieran cada vez más frecuentemente al lado de otras mercancías en tiendas o almacenes; también podían comprarse en algunos establecimientos de las órdenes religiosas. Estos comercios coexistieron con otros que excepcionalmente comenzaron a llamarse *librerías*, como los de Diego de Ribera o Francisco Clarín.

Al mismo tiempo, se triplicaron los talleres de imprenta –unos cuantos se instalaron a partir de 1642 en Puebla, donde el obispo Palafox fue su gran promotor– y se incrementó progresivamente la cantidad de impresos producidos, en su mayoría breves y de temas religiosos.⁹ Muchas veces el local en el que se ubicaban las imprentas (también llamado “oficina”) servía asimismo como punto de venta de libros. En consecuencia, en los pies de imprenta se registraba el calificativo de “impresor y mercader de libros”, “mercader y tipógrafo” o “impresor y librero” acompañando su nombre, o bien, el nombre del propietario del taller.¹⁰ En opinión de Emma Rivas Mata,

8 Toribio Medina, *op. cit.*, p. CCXIX.

9 Emma Rivas Mata llega a las cifras aproximadas para la Ciudad de México de: 180 impresos novohispanos y 10 talleres de impresión en el siglo XVI; en el XVII las obras aumentan a 1,824 mientras que las imprentas son 30; y en el setecientos la producción sube a 7,000 impresos, si bien ya no aumentó significativamente el número de tipógrafos en este último periodo (“Impresores y mercaderes de libros en la ciudad de México, siglo XVII”, en Carmen Castañeda [coord.], *Del autor al lector. Historia del libro en México*, México, CIESAS, 2002, pp. 75-76).

10 Véase Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la ciudad de México, evocación y presencia*, 3a. ed., México, UNAM/ Plaza y Valdés, 2006, pp. 15-22.

“si bien la doble empresa significaba una mayor inversión también reportaba ingresos más altos en beneficio de los dueños y, tal vez, de los empleados”.¹¹

En su ensayo “Impresores y mercaderes de libros en la Ciudad de México, siglo xvii”, esta investigadora identifica y compara dos grupos dentro del oficio en esa época. Uno de 20 impresores dedicado exclusivamente a la impresión (entre ellos Diego López Dávalos, Juan Ruiz y Blanco de Alcázar); y otro de 10 impresores que combinaba la fabricación de libros con su venta. De estos últimos, Bernardo Calderón y sus herederos son el caso más representativo y prolífico. Su negocio existió a lo largo de 86 años, de 1631 a 1718. La cantidad de impresos que ofrecían a sus clientes –tanto propios, como de otras imprentas mexicanas y europeas– era muy grande: se tiene registro de que Paula de Benavides, viuda de Calderón, tenía a la venta 1,126 títulos en 1655 y 1,239 en 1660.¹² Los impresores y mercaderes de libros “eran los que concentraban casi toda la producción tipográfica, dejando afuera de la competencia a las pequeñas imprentas. Este grupo mantenía las mejores relaciones con las autoridades eclesiásticas y civiles por las que obtenían licencias y privilegios de impresión”.¹³

En paralelo a la expansión demográfica y económica, durante el siglo xviii se incrementó aún más la demanda de libros; como consecuencia, el número de librerías y puntos de venta creció notablemente. Durante el periodo de 1700 a 1778, existieron poco menos de 60 locales fijos en la ciudad de México, que competían con muchos otros comerciantes ambulantes y con particulares, así como

11 Rivas Mata, art. cit., *op. cit.* 78.

12 *Ibidem*, pp. 93-84.

13 *Ibidem*, p. 99. En Puebla, Diego Fernández de León (quien trabajó también México) tuvo imprenta y librería. Sin embargo, las familias de impresores libreros más importantes en esa ciudad fueron las de Borja y Gandía en el siglo xvii, y Ortega y Bonilla-de la Rosa en el xviii y principios del xix.

con tiendas llamadas “mestizas”, establecimientos religiosos, casas de empeño y las subastas de las bibliotecas de los difuntos.¹⁴

No obstante, mientras que los puntos de venta de libros aumentaron, especialmente a partir de mediados del XVIII, el número de los talleres de imprenta que fueron al mismo tiempo librerías (casi todas las imprentas de ese siglo fueron también librerías) no creció con respecto al siglo anterior, por lo que estos “comercios dobles” pasaron a ser la minoría en el complejo sistema novohispano de circulación y venta de libros. Tres de ellos son herederos de impresores del XVII: los Guillena Carrascoso, Rodríguez Lupercio y Rivera Calderón. A estas líneas familiares se suman únicamente las de Hogal en 1721, y en la segunda mitad del siglo las de Jáuregui, y Zúñiga y Ontiveros. Ellos compitieron con Pedro de la Rosa en Puebla, cuyo trabajo se extiende hasta principios del XIX, igual que el de los Zúñiga y Ontiveros, últimos impresores libreros de la Colonia.¹⁵ Destaca frente al conjunto mencionado la Imprenta y Librería de la Biblioteca Mexicana (1753-1767) de Juan José de Eguiara y Eguren: por un lado, porque no era de oficio impresor, sino catedrático, escritor, bibliófilo y bibliógrafo; y por otro, porque funda esta imprenta con

14 Olivia Moreno Gamboa, “Hacia una tipología de libreros de la ciudad de México (1700-1778)”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 40, enero-junio de 2009, pp. 121-146.

15 Aunque los Zúñiga y Ontiveros tuvieron negocio tanto de imprenta como de librería, éstas funcionaron de manera independiente en algunos momentos. “El involucramiento de la familia Zúñiga con el comercio de libros comenzó a mediados del siglo XVIII con la apertura de un cajón en El Parián por parte de Cristóbal, continuó con el establecimiento de una imprenta que Felipe logró consolidar y alcanzó su máximo apogeo cuando Mariano la heredó y fundó una librería surtida directamente desde Madrid. Por desgracia, el legado empresarial de los Zúñiga se diluyó con la muerte de Mariano, al fallecer sin descendencia en 1825” (Manuel Suárez Rivera, *Dinastía de tinta y papel. Los Zúñiga Ontiveros en la cultura novohispana [1756-1825]*, México, UNAM, 2019, p. 17.

una finalidad más política y cultural que lucrativa, esto eso, para publicar su Biblioteca mexicana y vindicar con ella la cultura novohispana.

“Ante un mercado inundado de ediciones europeas, las escasas imprentas locales, dependientes del papel importado y los contratos de publicación, tuvieron pocas posibilidades de multiplicarse”.¹⁶ Establecer librerías como una extensión de sus talleres, un negocio complementario en el que tendieron a invertir cada vez más, fue como en épocas anteriores un recurso para subsanar su inestabilidad económica, señala Olivia Moreno Gamboa. En estos negocios, ya en su mayoría de criollos educados y ambiciosos que “compraron las viejas prensas, renovaron sus juegos de letras y contrataron más personal con la finalidad de negociar nuevos privilegios”,¹⁷ se hicieron sobre todo impresos de corta extensión y en formatos pequeños; entre los autores publicados cada vez hubo más laicos. En cuanto a sus ventas, éstas fueron de obras extranjeras (antiguas o de impresión reciente), por ser las de mayor demanda, y hacia finales del siglo, su fuente de ingresos más importante.

Se puede observar una clara constante en la figura del impresor y mercader de libros en toda la etapa colonial: solía depender de su capital personal o familiar. La estructura organizacional de las imprentas se basó en líneas genealógicas y sucesorias: no sólo heredaban el conocimiento de las técnicas y las prensas mismas, sino también los privilegios de imprimir con exclusividad, los cuales aseguraban sus ingresos. De ahí que la vida de algunos de estos talleres, los más fuertes económicamente, fuera tan larga. De ahí también el papel trascendental que desempeñaron en ellos las mujeres. Sin embargo, las di-

16 Olivia Moreno Gamboa, *Las letras y el oficio. Novohispanos en la imprenta. México y Puebla, siglo XVIII*. México, UNAM/Instituto Mora, 2018, p. 70.

17 *Ibidem*, p. 296.

facultades de inversión y acumulación de deudas propias del negocio de los impresores y los libreros coloniales dejaron fuera de su alcance la posibilidad de aventurarse por su cuenta en proyectos editoriales costosos; dependían de los encargos de las instituciones eclesiásticas, educativas y gubernamentales. Por otra parte, “al impresor novohispano le faltó la figura del editor, dispuesto a arriesgar su capital en empresas bibliográficas prometedoras”.¹⁸

El libre comercio decretado en 1778 cambió el panorama de la circulación y venta del libro en las Colonias. Poco después, con la consumación de la Independencia cesaron las licencias y privilegios y se atenuó la censura, ejercida principalmente por la Inquisición.¹⁹ Sin duda, la libertad de imprenta (1820) aunada a una mucho mayor libertad de expresión, revitalizó el oficio, lo que se reflejó, por un lado, en el establecimiento de un gran número de imprentas y librerías dentro y fuera de la capital, y por otro, en la diversificación de las publicaciones y de los sectores sociales a los que éstas iban dirigidas. Además de una prensa nacional cada vez más fuerte y extendida –instrumento de los bandos políticos contendientes–, se mejoraron una serie de fórmulas editoriales que habían comenzado a aparecer desde el siglo anterior, como los semanarios, gacetas, boletines, revistas, folletos, colecciones, calendarios, etcétera.

En lo relativo a la actividad editorial, los grandes cambios del XIX no fueron sólo políticos o ideológicos, sino también tecnológicos: se inventaron las prensas de vapor, luego las prensas rotativas y, unas décadas más tarde, el linotipo y el monotipo, avances gracias a los cuales la impresión y la composición tipográfica se mecanizaron. La introducción de estas técnicas a México marcó el inicio de la producción masiva de impresos, reduciendo tiempo y

18 Moreno Gamboa, *Las letras y el oficio*, p. 297.

19 Los libreros estaban obligados a conocer el catálogo de libros prohibidos y a entregar regularmente inventarios de aquellos que ofrecían en venta.

costos.²⁰ En consecuencia, se acentuó un fenómeno que se empezaba a vislumbrar desde algún tiempo atrás: la especialización de los oficios involucrados en el proceso editorial. Así, por ejemplo, surgieron talleres independientes de litografía y de encuadernación.

A los factores mencionados se sumaron otros más que influyeron en el origen y el éxito de una buena parte de los proyectos editoriales de la recién estrenada nación. Entre ellos: las nuevas estrategias publicitarias, por ejemplo, con la elaboración y publicación o envío de catálogos; el financiamiento a través del sistema de suscripciones o de préstamos personales, la posibilidad de ofrecer las publicaciones a precios más accesibles; la novedosa presentación de los impresos; la traducción o adaptación de obras extranjeras al contexto mexicano; los grupos de lectores emergentes; las más eficientes redes internas y externas de distribución, y, ante todo, la visión innovadora de algunos personajes clave de la vida cultural que ya comenzaban a perfilarse como pequeños empresarios y editores.

Ante tan amplia gama de transformaciones, ¿qué ocurrió con el tradicional vínculo entre impresores y libreros? En el siglo XIX existieron numerosas imprentas y librerías independientes unas de otras. Sin embargo, siguió siendo común que algunos impresores (sin llegar a considerarse ellos mismos libreros) vendieran sus obras en sus propios talleres, además de distribuirlas en distintas librerías. Entre otros, tres de los más sobresalientes: Ignacio Cumplido, Vicente García Torres y José Mariano Lara.²¹

20 Ignacio Cumplido instaló la primera prensa de cilindros en México en 1843, para la impresión de su periódico *El Siglo Diez y Nueve*. En cambio, las rotativas de gran tiraje y la linotipia se utilizaron por primera vez en 1898 en *El Imparcial* de Rafael Reyes Espíndola.

21 Lilia Guiot de la Garza, "El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855", en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 506-507. Sin embargo, Guiot de

También hubo quien continuó practicando con éxito ambas labores a la vez, aunque generalmente ya no en un mismo local. Qué mejor ejemplo que el de Mariano Galván Rivera. En los años veinte del siglo XIX, Galván inició su carrera de librero, impresor y además “editor”, como ya comenzaban a denominarse él y algunos de sus colegas contemporáneos. Gracias a su prestigio, sus relaciones y su espíritu emprendedor, tuvo dos librerías y una imprenta. Su librería del Portal de Agustinos fue famosa tanto por la calidad y la variedad de materiales que expendía como por las tertulias que en ella se organizaban. Entre sus publicaciones están su *Calendario*, *El Recreo de las Familias*, los *Calendarios de las Señoritas Megicanas*, la *Biblia* de Vence traducida del francés y publicada junto con el texto latino en 25 tomos, el *Catecismo* de Ripalda y los *Elementos de gramática y ortografía castellana*, así como varias colecciones de temas políticos, jurídicos, científicos y culinarios.

Cuando la acumulación de deudas obligó a Galván a declararse en quiebra y su librería se puso a la venta pública en 1846, José María Andrade, quien había sido su administrador desde tiempo atrás, la compró; la librería se llamó entonces “Antigua Librería de Galván” y siguió siendo una de las más prestigiadas. Andrade después se asoció con los impresores Rafael de Rafael y Felipe Escalante en distintos proyectos; junto con el segundo, compró la imprenta del primero en 1854, de donde nació el sello Andrade y Escalante. Tal sociedad, afirma Miguel Ángel Castro, “resulta significativa en la medida en que marcó lo que podríamos considerar la profesionalización del oficio del editor en el siglo XIX, porque las tareas que correspondían a Escalante, las de tipógrafo e impresor, permitían a

la Garza señala que en 1850 Cumplido anunció que, para comodidad de sus clientes, establecía un despacho de su imprenta en la calle de Plateros 1, más cercana a la Plaza Mayor (su imprenta original se ubicó en Rebeldes 2). Tal despacho funcionó como librería y se imprimieron algunas obras con su nombre -Librería Siglo XIX- en el pie de imprenta (pp. 476-477).

don José María atender lo relacionado con la obtención de contratos, venta y distribución de libros e impresos en su librería del portal de Agustinos 3".²²

Otros importantes libreros editores de ese periodo fueron Alejandro Valdés, Juan R. Navarro, Manuel Murguía y Simón Blanquel. Pero, sin duda, uno de los negocios más prósperos fue el de la Librería de la Vda. de Bouret, como fue conocido en su última etapa, pues a lo largo de su historia cambió varias veces de nombre, de propietarios y de domicilio. En él se ofrecía al público una gran diversidad de obras científicas, literarias y de educación básica. Muchos de sus materiales estaban escritos en francés o eran de autores franceses; y es que su actividad editorial –desde mediados del XIX hasta los años veinte del siglo pasado– se repartió entre México y Francia, donde la familia Bouret también tenía imprenta y librería. Casi todas sus ediciones fueron impresas en sus talleres de París, aunque las obras estuvieran escritas en español o por autores mexicanos, lo que propició que éstas también se distribuyeran en distintos mercados además del nacional.

Según Roger Chartier, un hecho que marca un cambio radical en la historia del libro es el nacimiento de la figura del editor tal y como la concebimos actualmente, es decir, cuando su actividad se establece como una profesión autónoma. Es el momento en que el oficio particular del editor:

[...] no se confunde ya con el negocio del librero ni con el trabajo del impresor, aunque en esta época hay editores que poseen librerías y talleres tipográficos. La nueva definición del oficio hace hincapié en la relación con los autores, la elección

22 Miguel Ángel Castro, "José María Andrade, del amor al libro", en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, p. 409.

de los textos, la selección de las formas del libro y, finalmente, en los lectores.²³

Es decir, la invención moderna del editor enfatiza los criterios intelectuales más que los técnicos o los comerciales. Es entonces cuando surgen las casas editoras, las cuales se organizan como empresas (por lo común, sociedades anónimas) con una estructura colectiva y un capital no necesariamente personal.

Chartier data este cambio en Francia hacia la década de 1830. A México tarda algún tiempo más en llegar. Como se ha visto, desde la segunda mitad del XIX se pueden identificar los primeros indicios. Pero es sobre todo a principios del siglo pasado cuando surgieron iniciativas culturales en las que estuvieron sumamente presentes las tareas y decisiones propias de un editor.²⁴ Llama la atención que algunas de las primeras de ellas siguieron vinculadas al negocio librero. No obstante, a estas alturas, se trata de organizaciones mucho más complejas en las que interviene un equipo muy grande de trabajadores y colaboradores, los cuales son coordinados por la figura del editor. Muy lejos se está ya del esquema inicial, con sólo Juan Pablos y sus tres ayudantes –Jerónima Gutiérrez (su esposa), Gil Barbero y el esclavo Pedro– haciendo artesanalmente todas las actividades del proceso editorial, incluida la comercialización.

Un ejemplo temprano de una editorial moderna vinculada a la librería es Ediciones Botas. El español Andrés Botas inició su carrera de librero en México por azar cuando un amigo le encargó la venta de unas cajas de libros

23 Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, ed. Alberto Cue, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 59.

24 Sobre el nacimiento de las editoriales mexicanas modernas y el proceso de industrialización de la producción editorial nacional, véase Luis Mariano Herrera Zamorano, *La producción de libros en México a través de cuatro editoriales (1933-1950)*, Tesis de Maestría en Historia, México, UNAM, 2014.

y con ello se dio cuenta de que el negocio era redituable. En 1907 fundó la Librería y Papelería Botas y a partir de 1916 la dejó en manos de su hijo Gabriel Botas y Díaz, quien logró que su editorial se convirtiera en una de las más importantes del país, especialmente desde la década de los años treinta hasta un poco antes de su muerte, en 1968. La prolífica editorial se distingue por la nómina de los autores publicados, extranjeros y mexicanos (muchos de ellos asiduos clientes o visitantes de la librería). Entre los últimos estaban Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, Julio Jiménez Rueda, Artemio del Valle-Arizpe, Federico Gamboa, Luis González Obregón y José Juan Tablada; además, la editorial publicó gran parte de la obra de José Vasconcelos y Mariano Azuela. Igualmente, el sello se destacó por los diseños de sus cubiertas e interiores; uno de los más recordados es el de *Vrbe: super-poema bolchevique en 5 cantos* (1924) de Manuel Maples Arce, ilustrado por Jean Charlot.

Termino este recorrido mencionando el trabajo librero y editorial iniciado por los hermanos José, Indalecio y Francisco Porrúa. Éste es el único caso de negocio librero que ha seguido con una intensa y continua actividad editorial hasta nuestros días. La Librería Porrúa Hermanos se fundó en 1900 donde todavía se encuentra su casa matriz, en la esquina de República de Argentina y Justo Sierra. Comenzó especializándose en libros antiguos y de ocasión, pero pronto expandió su oferta, incluyendo libros nuevos, entre ellos sus propias ediciones.²⁵ Algunas de las primeras son las antologías *Las cien mejores poesías líricas mejicanas* (1914) y *Poetas nuevos de México* (1916). Más adelante, en 1944, se fundó la Editorial Porrúa. Su impacto en la vida cultural nacional ha sido enorme, debido,

25 Herrera Zamorano ha hecho notar que tanto Ediciones Botas como la Librería Porrúa recurrían a imprentas ajenas a sus empresas para elaborar sus libros, entre otras, la de Manuel León Sánchez (*op. cit.*, p. 63).

entre otras razones, a sus libros de texto y a sus célebres colecciones jurídicas, la *Colección de Escritores Mexicanos* o la *Colección "Sepan Cuantos..."*.²⁶

Desde principios del siglo pasado hasta nuestros días, se han dado múltiples combinaciones entre las distintas actividades implicadas en el proceso de producción y comercialización de textos, ya sea en proyectos oficiales, académicos o privados. En ese largo y complejo circuito que va desde la creación del contenido hasta su transmisión al público a través de su forma material impresa, sin duda la labor de las librerías ha sido fundamental. Tener contacto directo tanto con las editoriales como con los compradores, los que también pueden ser autores; llegar a contar con su amistad y confianza; conocer sus intereses, necesidades y demandas; poder hacerles recomendaciones o sugerencias; convertirse en espacios de convivencia cultural; ser un engranaje clave en las redes de distribución; todas ellas son sólo algunas de sus numerosas ventajas.²⁷ Como ha quedado demostrado a lo largo de casi cinco siglos de hacer y vender libros e impresos en México, la fórmula en la que uno o más sujetos del libro trabajan conjuntamente con los libreros y las librerías, vinculados y motivados por un mismo objetivo, ha llegado a dar muy buenos resultados. Es de agradecer que la posibilidad de imprimir o editar también haya significado para los negocios libreros una vía de subsistencia.

26 En 1933 José Porrúa se separó del negocio familiar original para formar el suyo con sus hijos comprando la Librería Robredo, fundada en 1919 por Pedro y Juan Robredo. La Antigua Librería de Robredo, José Porrúa e Hijos, como se llamó desde entonces, continuó especializándose en la compra, venta y edición de libros antiguos y de ocasión, contribuyendo así enormemente al estudio y la difusión de la memoria histórica de México.

27 Agradezco a Juan Luis Bonilla, director general de la Librería Bonilla y de Bonilla Artigas Editores, el haberme hablado de la historia de su empresa, resaltando las ventajas con las que cuentan las librerías con respecto a otros actores del proceso editorial.

Bibliografía

- Castro, Miguel Ángel, “José María Andrade, del amor al libro”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 381-435.
- Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit*, ed. de Alberto Cue, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 271 pp.
- Fernández del Castillo, Francisco, *Libros y libreros del siglo XVI. Selección de documentos y paleografía [1914]*, 2a. ed. facs., México, Fondo de Cultura Económica/ Archivo General de la Nación, 1982, 607 pp.
- Griffin, Clive, “La primera imprenta en México y sus oficiales”, en Pedro Rueda Ramírez e Idalia García Aguilar (comps.), *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*, México, UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2010, pp. 3-19.
- Guiot de la Garza, Lilia, “El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México (1830-1855)*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 437-510.
- Herrera Zamorano, Luis Mariano, *La producción de libros en México a través de cuatro editoriales (1933-1950)*, Tesis de Maestría en Historia, México, UNAM, 2014.
- Medina, José Toribio, “Introducción”, en José Toribio Medina, *La imprenta en México, 1539-1821 [1912]*, 8 vols., México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989, vol. 1, pp. xv-cccxxv.

- Millares Carlo, Agustín, y Julián Calvo, *Juan Pablos: primer impresor que a esta tierra vino*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1953, 222 pp.
- Moreno Gamboa, Olivia, "Hacia una tipología de libreros de la ciudad de México (1700-1778)", *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 40, enero-junio de 2009, pp. 121-146.
- , *Las letras y el oficio. Novohispanos en la imprenta. México y Puebla, siglo XVIII*, México, UNAM/Instituto Mora, 2018, 334 pp.
- Rivas Mata, Emma, "Impresores y mercaderes de libros en la ciudad de México, siglo XVII", en Carmen Castañeda (coord.), *Del autor al lector. Historia del libro en México*, México, CIESAS, 2002, pp. 71-102.
- Suárez Rivera, Manuel, *Dinastía de tinta y papel. Los Zúñiga Ontiveros en la cultura novohispana (1756-1825)*, México, UNAM, 2019, 306 pp.
- Vergara Zahar, Juana, *Historia de las librerías de la ciudad de México: evocación y presencia*, 3a. ed., México, UNAM/ Plaza y Valdés, 2006, 230 pp.

